

Palabras del Decano



Prof. Dr. José María Willington

Decano de la Facultad
de Ciencias Médicas
Universidad Nacional
de Córdoba

Hace algunos días, presidiendo la colación de Grados de la FCM de la UNC, exactamente el 27 de mayo, tuve oportunidad de escuchar el discurso del Prof. Dr. Marcelo Yorio, que dirigió a los médicos egresados del 2008, cito aquí solo una frase que me pareciera central del mismo, para luego dar lugar al texto completo del discurso por considerarlo un mensaje acertado, lleno de sentido humanitario y rescatador de valores de jerarquía.

"...La medicina como ciencia no sirve para nada si no comunica y a través de esta comunicación no produce los cambios convenientes para prevenir o para curar. Así aprender y practicar la comunicación con nuestros pacientes es una condición vital del buen médico...."

Discurso colación de grados FCM.UNC.
Prof. Dr. Marcelo Yorio

Sr Decano de la FCM-UNC: Prof Dr José María Willington
Autoridades presentes
Señores Egresados
Familiares de los Egresados
Colegas, Señoras y Señores

Siento un gran honor y una gran responsabilidad de tener que elegir algunas palabras acordes a este magno momento en

la vida de cada uno que egresa y también de aquellos queridos afectos que han colaborado para que este camino de esfuerzo, llegue a cristalizarse en esta colación de grado.

Constituye además, un alto honor el que me han conferido las autoridades en representar esta querida casa de altos estudios, en la que también me formé, que es la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Córdoba, verdadera cuna de grandes personalidades médicas, nacionales e internacionales, que forjaron su bien ganada reputación universitaria. Esta casa que hoy, los ve engalanarse con este respetable título de médico, no los despiden, sino que les da desde ahora en adelante el blasón que los hará sus representantes permanentes en el lugar que elijan para el ejercicio de la profesión.

Intentaré dirigirme a uds. como un padre se dirige a un hijo y meditar un poco el día a día que enfrentarán, y sobre algunas armas que seguramente ya aprendieron en su formación, pero que deberán continuar desarrollando para afrontar sus hermosas vivencias y sus avatares.

Y al reflexionar que mensaje dejarles para este distinguido momento y ser respetuosos con Uds., he proyectado en unas pocas diapositivas mentales mis 27 años de actividad asistencial como médico clínico y los mismos años entregados a la par de la docencia de grado y de posgrado, buscando elegir algunas recomendaciones que pienso importantes y que pueden aportar una modesta enseñanza.

Y cuando digo el día a día lo hago a propósito, porque el mundo de hoy vive una vorágine, a la que todos estamos expuestos, en donde la palabra éxito parece ser un sinónimo de sumar actividades a veces sin sentido, en la cual los minutos tienen un precio impuesto por vaya a saber quién, constituyéndose en algo ilusorio disponer de un tiempo para pensar, para escuchar y para atender la angustia de un ser. Parece que pensar, mirar a los ojos y escuchar atentos y con empatía la necesidad comunicacional de una persona problematizada y que muchas veces es un grito desesperado de auxilio; parece digo que es considerado una pérdida de tiempo. Y éste mis queridos colegas es uno de los desafíos más importantes que enfrenta el médico de hoy.

Todos y todo nos impone apurarnos, todas las cosas son onda fast food, hasta las relaciones humanas se simplifican a tal punto que ya no importa conocer profundamente a nadie, ya no importa su origen, su historia, su entorno, sus capacidades, que me permitan entenderlo; al contrario parece que ahondar demasiado en él y en sus problemas puede comprometernos de más, y esto podría complicar mi ajetreado tiempo.

La medicina como ciencia no sirve para nada si no comunica y a través de esta comunicación no produce los cambios que ve convenientes para prevenir o para curar. Así aprender y practicar la comunicación con nuestros pacientes es una condición vital del buen médico. Y esta puede ser una de las grandes diferencias entre un médico científico, frío, poco comprometido; a un médico humanizado empapado de las necesidades propias de la sociedad a la que pertenece y con capacidades de cambio o de contención. Y este conocimiento humano no sólo proviene de estar alertas, a la inmensa cantidad de conocimiento que hoy la ciencia produce, sino que al comunicarse en forma personal, diariamente, minuto a minuto, con todos los actores que intervienen en la salud y con el propio paciente, puede el médico incorporar por sí mismo y de su experiencia, todos los condimentos que tiene la sociedad a la que pertenece. Hoy, la sociedad está enferma de ésta dificultad para comunicarse, no sabe escuchar, por lo cual responde mal.

Y cuando mencioné científicismo me referí a la actitud servil frente a un tipo de poder, que es manejar la ciencia, que es muy distinto a utilizar la ciencia emanada de siglos de aciertos y de errores, en pos de mitigar la angustia de un sólo ser. Así, comunicar ciencia y hacerlo con humildad es conciencia, es ética, es amor al prójimo.

Querida gente que emprende esta hermosa vida de médico, la ciencia es limitada aquí y en cualquier lugar del mundo, y puede hacer muy poco e incluso dañar, si no va atada al corazón. Cuando ustedes enfrenten uno de los dos momentos más solemnes del ser, uno de ellos la muerte, se darán cuenta que vuestra alma apaciguará más a vuestro paciente que vuestro cerebro, vuestra caricia calmará más que un laboratorio, vuestra cálida mirada consolará más que una tomografía. Y en este caso es la comunicación afectiva y humana, llamada empatía las que nos

conecta con ese ser angustiado, permitiéndonos conducir el mismo barco de nuestro paciente por un tiempo sublime que no se repetirá.

El otro punto que brevemente trataría es la confianza. Vivimos hoy un mundo real y otro paralelo, diría virtual, mundo en donde pueden esconderse un montón de datos fascinantes que emitimos permanentemente los seres humanos y de los cuales podemos extraer muchas consideraciones: la sonrisa, el llanto, la tristeza, un aroma, un olor, un tipo de mirada, la temperatura de la piel, una postura al sentarse o una actitud de pie, un movimiento de brazos, una forma de hablar, una modulación de voz, una lágrima en los ojos en una cara de quién sonríe, una cara fresca que muestra o un maquillaje que esconde, y cuantas miles de sensaciones más podemos captar al interactuar con nuestros pacientes, pudiendo obtener de todas ellas un montón de datos anexos, para que nuestra conciencia médica, desilvane la madeja de posibilidades diagnósticas y así encontrar en lo posible, el camino acertado que solucione el problema; de forma tal que toda esta energía emanada por los pacientes, captada e interpretada por nosotros los médicos, nos permiten demostrar el grado de compromiso que se tiene frente a su pesar. Y mis queridos colegas, es éste compromiso de todo nuestro ser con cada persona que atendemos, lo que genera confianza; es así que la díada primordial que apuntala la relación médico paciente se define como una confianza en una conciencia.

Pero vivimos un mundo complejo donde la desconfianza es moneda corriente, la duda es exagerada, la picardía ha ultrajado el acto de creer, el dinero a sobrepasado la voluntad del ser y así el paciente se transformó en cliente, entrañando un riesgo de ruptura en esta especial comunión que es la relación médico-paciente. Sólo como un ejemplo negativo de la desconfianza que nos rodea, basta observar que algunos de nuestros políticos, que deberían ser paradigmas de confianza sobre sus compromisos asumidos, bajo el sofisma de que la política es el arte de lo posible, toman la triste actitud de la "borocotización", traicionando a la primera de cambio la palabra empeñada, y utilizando una barata dialéctica para intentarnos explicar su cambio de bando y de ideas, como si uno fuera un pavo que no tiene capacidad para discernir, y en realidad esconden la asfixiante apetencia personal, totalmente alejada de buscar un bien común.

En este escenario social de descreimientos, vive el médico tratando de decirle al paciente que confíe en nuestra conciencia, la cual se traduzca en actos concretos encaminados a ayudarlo, si bien desgraciadamente esta conciencia de ningún modo contemplará infalibilidad porque eso sería soberbia de nuestra parte y la gente soberbia en medicina es la peor calaña; en este escenario de poca credibilidad en las actitudes y en los compromisos, debemos ganar la batalla en transmitirle a través del acto médico el mensaje esperanzador de: "confíe en mí, estoy poniendo todo de mí para ayudarlo".

Creo además y en mi modesta opinión, que para generar y apuntalar esta confianza, una aliada importante es la pasión con que actuamos y que ponemos en cada cosa que hacemos, claro que el apasionado vive a un cierto ritmo que lo somete a entregar en cada acto cerebro, corazón y piel, se comporta desafiante ante el problema, como un espartano entrenado para avanzar sea el camino llano o plagado de piedras, encontrando en cada obstáculo su desafío y en él su compromiso inagotable de persistir, el apasionado jamás huye de la vida en realidad persigue la vida. Y esta actitud de compromiso, desde nuestra propia esencia hacia nuestro prójimo, desde la actitud ética hacia cualquier acto por pequeño que sea, es lo que genera en las personas la confianza y gesta esa pareja incorruptible que es el médico y su paciente. Producida esta química, este pacto vital y humano, este acto de amor, es cuando se produce la milenaria magia en que una palmada, una mirada o una cálida sonrisa podría curar o mitigar, y es probable que Dios también esté allí.

Por último, nadie debería dudar que nuestro trabajo cotidiano es un acto de servicio, de entrega, y es aquí donde nuestra humanidad se expresa de las mas diversas formas, de tal manera que muchas veces no estamos en condiciones mentales o físicas para dar todo lo que podríamos, porque el médico, también como todos, padece las mas variadas problemáticas que afligen al hombre, sin embargo es en estas circunstancias donde el acto de servicio cobra una

magnitud de verdadero amor al prójimo, y es entonces cuando el médico con el peso agobiante de algún problema grave que lo aqueja, debe hacer un esfuerzo mayor todavía y cargar sobre sus espaldas el peso del problema de su paciente. Claro que es difícil, nos jaquea, nos carga de dudas, nos impacta; ante esto lo que puedo aconsejar es buscar la serenidad que genera recalarse en los afecto primarios, como también en colegas amigos que siempre hay muchos dispuestos a brindarnos sus espaldas, y sin más encarar la adversidad.

Esto es temple, o sea que a la actitud de servicio hay que agregarle temple, y agregaría otra palabra más, muy difícil también en estos tiempos, tolerancia, porque van a comprender que detrás del dolor y la labilidad emocional que tiene el que enferma, se esconde un humano egoísmo que pretende contar para sí a todos, y en esta situación se nos exigirá horas extremas, esfuerzos que no se ven en muchas profesiones y que no siempre se retribuirán de la misma forma que la lógica economicista actual, con la que se vendería un auto o se regatearía el precio por una ropa de vestir.

Tendremos que ejercitar la tolerancia para con nuestro prójimo, pero ojo también para con nuestro ser y para con nuestra familia, la cual por este compromiso de servicio, suele ser atropellada sino aprendemos a poner sanos y oportunos límites.

Resumiendo, queridos nóveles colegas, es preciso reflexionar sobre el arte de la comunicación, en la cual una persona se abre a otra permitiéndole penetrar en ese espacio sacro que es la conciencia o incluso su alma. Que esa confianza que se nos deposita, construya una relación médico paciente ética y sólida, en la cual la actitud de servicio ofrecida sea reconocida y retribuida con la jerarquía del viejo médico de familia quién gozaba de un reconocimiento casi sacerdotal; digo, cuando uds sean identificados, entre otras, por estas cardinales virtudes, encontraran que vuestro camino se irá abriendo de a poco, pero sólidamente, y seguramente este reconocimiento les llegará.

Para terminar, cito palabras que me impactan de siempre, de la Sra. Gabriela Mistral que escribió sobre el servicio, y dicen:

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio
sirve la luz, sirve el viento, sirve el surco
donde haya un árbol que plantar plántalo tú,
donde haya un esfuerzo que todos esquiven,
acéptalo tú.

Se tú el que apartes la piedra del camino, el odio de los corazones,
las dificultades del problema.

Hay la alegría de ser sano y la de ser justo,
pero hay sobretodo la inmensa alegría de servir.
No sólo se hace mérito con los grandes esfuerzos,
hay pequeños servicios, ordenar unos libros,
adornar una mesa.

El servir no es faena de seres inferiores,
Dios, que da la luz y la vida, sirve
y tiene fijos sus ojos en nuestras manos
y nos pregunta cada día
¿serviste hoy?